

DIA DIEZ Y OCHO.

SAN EDUARDO, REY DE INGLATERRA.

No hay reino en toda la cristiandad que haya visto tantos santos sobre el trono como el de Inglaterra. El jóven san Eduardo, de quien hoy hace conmemoracion el martirologio romano, contaba ya muchos en su ilustre familia, de la que él mismo ha sido uno de los mas bellos ornamentos.

Este santo rey, nieto de santa Elgivia, hermano de santa Edita, y tio paterno de san Eduardo confesor, vió la primera luz hácia el año 962. Su padre el rey Edgar, apellidado el Pacifico, aunque con mayor propiedad se le pudiera llamar el Conquistador, quiso se diese al príncipe una educacion en todo correspondiente así á su religion como á su real nacimiento. Fué bautizado por san Dunstano, arzobispo de Cantorberi, quien, no contento con haberle alcanzado del cielo aquella abundancia de bendiciones con que le previno la divina gracia desde la misma cuna, quiso encargarse de su cristiana educacion.

La nobilísima índole del príncipe, y la feliz inclinacion que descubrió hácia la virtud desde sus primeros años, le ganaron desde luego el corazon de todos los Ingleses. Un aire majestuoso, un espíritu vivo, brillante, superior, unos modales apacibles y siempre nobles, un corazon generoso y verdaderamente real, con una sólida virtud muy sobre la espectacion de su edad, le hicieron objeto de veneracion á toda la corte, y de admiracion á toda la Europa.

Admirábase principalmente en un príncipe tan jóven tanto amor á la Religion, y tanta prudencia en una

edad que solo se gobierna por los ímpetus del natural, sobre todo en medio de una floreciente corte, donde reinaban la diversion y el placer. Pero Eduardo; no solamente conservó en ella la inocencia, sino que practicó las virtudes mas penitentes, sabiendo hallar el recogimiento y la soledad interior entre los ejercicios de mayor tumulto y la mas lisonjera disipacion.

Tuvo el dolor de perder á la reina su madre, siendo de cinco ó seis años. Llamábase Egelfleda, era hija del duque Ordmer, uno de los mas poderosos principes de Inglaterra, y fué una de las mas virtuosas princezas de su tiempo; siendo ilustres monumentos de su esclarecida piedad los monasterios que fundó, y las limosnas que hizo á los pobres. Tuvo gran cuidado de inspirar muy anticipadamente á su hijo aquellos grandes sentimientos de religion que desde luego se le empaparon en el alma; y logró el consuelo de ver los mas dulces frutos de esta piadosa simiente en el tierno príncipe Eduardo, cuando el Señor la retiró de este mundo.

Sintió vivamente Eduardo la pérdida de tan buena madre, llorándola con tanta amargura, que solo se pudo conseguir reprimiese sus lágrimas, haciéndole comprender que en esto parecia oponerse á las disposiciones de la divina Providencia. Pasó el rey su padre á celebrar terceras nupcias con Alfrida; y el príncipe Eduardo se portó tan cuerda y respetuosamente con la reina su madrastra, que no pudo resistirse á estimarle, aunque jamás se resolvió á quererle, por no poder tolerar su ambicion que se le considerase como á heredero presuntivo de la corona. Habiendo tenido el rey de esta tercera mujer un hijo, llamado Ethelredo, y admirando cada dia mas la pureza de vida, la solidez de juicio y la extraordinaria prudencia de Eduardo, para prevenir las turbulencias que podrian sobrevenir á su fallecimiento, resolvió declararle su-

cesor suyo, y le hizo reconocer como tal por todos los grandes del reino.

Murió el rey el año de 975, y ascendió al trono nuestro santo. Desde luego le reconocieron por su legítimo soberano los principales señores del reino, y se inundó de alegría la nación inglesa, considerando que tenía por monarca á un santo.

Quisiera Alfrida ver en el trono á su hijo Ethelredo, y con este ambicioso deseo indujo á algunos señores á que protestasen y se opusiesen á la consagracion de Eduardo; pero san Dunstano, primado del reino, á quien tocaba esta ceremonia, auxiliado de san Oswaldo, arzobispo de Yorek, supo contenerlos y ponerlos en razon. Tomó en su mano la cruz arzobispal que se solia llevar delante de él; metióse intrépidamente en medio de los señores parciales de la reina madre; presentóles á Eduardo como á primogénito de su legítimo rey; trájoles á la memoria la declaracion del monarca difunto; acordóles el solemne reconocimiento que ellos mismos habian hecho del derecho indisputable de aquel jóven príncipe; y á vista de toda la asamblea le consagró solemnemente, saliendo él mismo por fiador del acierto de su conducta; con cuya vigorosa accion sosegó los ánimos, y unió dichosamente los espíritus.

No tenía Eduardo á la sazón mas que doce años; pero suplía con ventajas la falta de edad la reputacion de su elevada virtud. No se vió jamás en un príncipe jóven ni devocion mas ejemplar, ni modestia mas majestuosa, ni madurez de prudencia mas constante; sirviendo el trono para añadir mas brillante esplendor á su heroica santidad. Contribuyeron mucho los desvelos de san Dunstano á formar aquel entendimiento naturalmente recto y culto, y á perfeccionar aquel purísimo corazón, que á solo Dios habia dado lugar desde que pudo conocerle.

Apenas se sentó en el trono, cuando se aplicó enteramente á hacer que reinasen en toda su monarquía la justicia, las leyes y la Religión. Amable á los buenos y terrible á los malos, corrigió valerosamente los abusos que se habian introducido en todos los estados, y habian pasado á costumbre por una cobarde tolerancia. Fué ardiente defensor de los privilegios y de las inmunidades de la Iglesia; y el clero anglicano encontró en el monarca jóven un verdadero padre.

El respeto que profesaba á todas las personas consagradas á Dios, llegaba hasta á la veneracion. Su caridad, su ternura con los pobres era extrema. Acostumbraba decir que *la mayor gloria de un príncipe era hacer felices á todos sus vasallos*. Todos los días daba de comer en su palacio á un gran número de pobres; y considerando en ellos á Jesucristo, les servia por sí mismo, y los respetaba.

Nunca habia encontrado gusto en las diversiones, y así no le hallaba en otra cosa que en dedicarse á desempeñar las obligaciones de cristiano y de rey. Empleaba en la leccion de libros espirituales todo el tiempo que no estaba destinado á los negocios. No contento con observar escrupulosamente los ayunos de la Iglesia, mortificaba su delicado inocente cuerpo con penitencias tan crueles, que pudieran poner terror á los mas pecadores y mas robustos; siendo su devocion tan ejemplar, que en todo su reino nunca se le nombraba sino con el venerable distintivo de *nuestro santo rey*.

Habia dos años y medio que ocupaba Eduardo el trono de Inglaterra, y florecia en sus estados la paz y la abundancia; sus vasallos rendian mil bendiciones al cielo por haberles concedido un monarca tan prudente y tan santo; y gustando la dulzura de su gobierno, se prometian una larga série de prosperi-

dades, cuando la ambicion de una mujer logró infelizmente cortarlas en sus mismos principios.

Cada dia se le hacia mas insoportable á Alfrida, madrastra de Eduardo, que este ocupase el trono real en que deseaba con ansia ver colocado á su hijo Ethelredo. A vista de la general estimacion que hacian todos de su santo rey, y del tierno amor que le profesaban así los grandes del reino como todo el pueblo, conocia bien que nada tenia que esperar por el camino de la rebellion. Y resuelta á todo trance la ambiciosísima princesa á desembarazarse de él, determinó hacerlo por el mas enorme de todos los delitos, aprovechando para eso la primera ocasion, que por desgracia se la presentó presto.

Salía un dia á caza Eduardo, y descubriendo desde lejos el castillo de Corfe en el condado de Dorset, donde á la sazón se hallaba aquella princesa, se apartó disimuladamente de los que le acompañaban, y metiendo espuelas al caballo, corrió derecho á saludar á su madrastra, y dar un abrazo á su hermano Ethelredo, á quien amaba tiernamente. Informada Alfrida que el rey venia solo salióle á recibir, y al mismo tiempo que le estaba hablando, uno de sus guardias ó de sus cortesanos le envainó un puñal en el pecho. Luego que el santo rey se sintió herido, picó el caballo; pero á pocos pasos cayó en tierra, y levantando los ojos al cielo, espiró. Cuando Alfrida vió muerto al rey, para ocultar si pudiese su delito, hizo meter el cadáver en una casa de campo que estaba allí cerca, mas apenas entró en ella el santo cuerpo, cuando recobró la vista repentinamente una mujer ciega desde su nacimiento. No podia encubrirse un milagro tan señalado; por lo que atemorizada Alfrida, inventando nuevos artificios, mandó conducir y arrojar el cadáver en una laguna pantanosa, sin que en un año entero se pudiese dar con él, hasta que se

descubrió á favor de una milagrosa luz. Concurrió desde luego una prodigiosa multitud de pueblo á venerarle; y Alfer, príncipe de los Marcianos, devotísimo del santo rey, convidó á un gran número de obispos, abades y señores del reino, para asistir á la traslacion del santo cuerpo, rogando principalmente á santa Vilfrida, abadesa de Vincester, en cuyo monasterio estaba religiosa santa Edita, hermana de nuestro santo, que no dejase de asistir á la solemne funcion con todas sus hijas. Hizose la traslacion con extraordinaria pompa. El cuerpo del santo rey fué hallado entero y fresco; y se le colocó en el célebre monasterio de Saftsbury, fundado por el rey Elfredo, bisabuelo del santo. Dos pobres hombres impedidos de todos sus miembros se hallaron perfecta y repentinamente sanos, habiendo tocado el féretro en que iba el santo cadáver, y la noticia trajo á su sepulcro inmensa multitud de pueblo. Desde entonces no se le llamó por otro nombre que por el de *el santo Mártir*. Su hermano y sucesor Ethelredo estuvo inconsolable por su muerte, sin acertar á dejar de llorarla, sino para venerarle como á santo; y mandó edificar en honra suya una suntuosa iglesia con un monasterio de religiosas, que quiso se llamase el monasterio de Bredford. Todos los obispos del reino le dieron el título de mártir, por haber padecido muerte tan violenta, y por haberle honrado Dios desde luego con tantas maravillas. Elevaron de la tierra el santo cuerpo el año de 1001 para exponerle á la pública veneracion, fijando su fiesta al dia 18 de marzo, que fué el de su dichosa muerte. Se asegura tambien que Alfrida reconoció su crimen, y que lo lloró amargamente todos los dias de su vida, no perdonando á limosnas, oraciones y penitencias para dar plena satisfaccion á la divina Justicia.

La misa de hoy es de la dominica precedente; y la oracion del santo, que se halla en el breviario antiguo de la iglesia de Saftsbury, es la que sigue.

Deus, æterni triumphator imperii, familiam tuam propitius respice, martyrium regis Eduardi celebrantem; et presta, ut sicut illum munere glorificare dignaris cœlesti, ita nos ejus obtentu æternæ felicitati facias dignanter adscribi. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, soberano y triunfante dueño del imperio eterno, dignate mirar con benignos ojos á tu devoto pueblo que celebra el martirio del santo rey Eduardo; y así como te dignaste conceder á este la bienaventuranza celestial, dignate tambien de otorgar á aquel que algun día goce de la felicidad eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del capítulo 1 de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Verbum crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem qui salvi fiunt, id est, nobis, Dei virtus est. Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo. ¿Ubi sapiens? ¿ubi scriba? ¿ubi conquisitor hujus sæculi? ¿Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi? Nam quia in Dei sapientia non cognovit mundus per sapientiam Deum: placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes.

Hermanos: La palabra de la cruz es ciertamente necedad para aquellos que se pierden; pero para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud de Dios. Porque escrito está: Perderé la sabiduría de los sabios, y reprobaré la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el sabio? ¿dónde el escriba? ¿dónde el investigador de este siglo? ¿por ventura no hizo Dios necia la sabiduría de este mundo? Pues por cuanto en la sabiduría de Dios no conoció el mundo á Dios por medio de la sabiduría, quiso Dios hacer salvos á los creyentes por medio de la necedad de la predicacion.

NOTA.

«Hallándose turbada la iglesia de Corinto por cierto espíritu de desunion que se habia introducido en ella, unos se decian discipulos de Pablo, otros de Apolo, otros de Cefas. Este Apolo era su obispo, y habia trabajado mucho en ella, y con fruto. Llegando esta funesta division á noticia de san Pablo, que estaba todavía en Éfeso, escribió á los Corintios esta admirable carta el año 56 de Jesucristo.»

REFLEXIONES.

Verbum crucis, pereuntibus stultitia est. ¿Es el día de hoy bien recibido en el mundo todo lo que se dice de la cruz? ¿se cree por ventura que los frutos de la cruz son preciosos, y que su amargura es saludable? ¿se cree que la verdadera felicidad es fruto de la cruz; que la verdadera gloria se halla en la cruz; y que todo lo que se llama cruz, como es pérdida de bienes, falta de salud, desgracia, humillaciones, persecuciones, adversidades, todo es ventajoso, y que todo, segun la prudencia del cielo, debe preferirse á la mas favorable, á la mas risueña fortuna? Asi piensan, así discurren todos los que están en el camino de la salvacion, todos los escogidos de Dios, y aun el mismo Dios lo juzga así: *Iis autem qui salvi fiunt, id est nobis, Dei virtus est.* ¿Y son sabios, son prudentes los que discurren de otra manera? ¿y no se hallan muchos que filosofan de otro modo? Esos entendimientos delicados, finos, políticos, insinuantes, que á todo se acomodan; esos ingenios agudos, claros, despejados, cultos, que brillan en el mundo; esos talentos de primer orden, que llevan la palma en todo; esos prudentes del siglo, llamados así por mal nombre;

¿discurren acerca del mérito de la cruz como discurren los santos, y como juzga de él el mismo Jesucristo? ¿Qué locura mas insigne, qué extravagancia mas digna de compasion, que osar preferir á la sabiduría del mismo Dios las débiles, las medio apagadas luces de nuestro corto entendimiento!

¿*Ubi sapiens?* ¿Dónde está el hombre prudente? ¿dónde le hallaremos? ¿Encontrarémole acaso en esos saraos, en esas funciones del mundo, de donde ordinariamente está desterrada la Religion, donde todo se arregla á gusto de las pasiones, donde las ilusiones del entendimiento y del corazon son el alma de las conversaciones chistosas, y la sola guia de una razon descaminada? ¿Encontrarémole en las mesas de juego, en las partidas de diversion, en las compañías de comercio, donde la avaricia, la ambicion y el interés son toda la prudencia que se gasta, siendo tambien el primer móvil y la única regla de todo cuanto alli se dice y de todo cuanto se hace?

¿Pero quién es ese hombre prudente? ¿será aquel jóven disoluto, aquel atolondrado que divierten los corrillos á costa de la Religion y del juicio, no teniendo entendimiento para avergonzarse ellos mismos de sus insulsas, de sus necias bufonadas? ¿Será aquel otropreciado de espíritu fuerte, cuyas costumbres, cuya irreligion son pruebas visibles de la imbecilidad de su juicio y de la pobreza de sus alcances? ¿Será aquella dama, aquella mujer del gran mundo, cuya conducta causa compasion? ¿Será en fin aquella persona que no aprecia, que no toma gusto á otras máximas que á las máximas del mundo? Pero ¿no ha tratado Dios de locura la prudencia de este mundo? ¿*Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi?* ¿Debemos nosotros pensar, ni discurrir de otra manera que como juzga aquel Señor, pues que quiso salvar á los que creen por medio de aquella predica-

cion, que el mundo califica de locura? *Placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes.* Busquen en buen hora otro camino para la salvacion esos discretones del mundo que miran con tanto horror á esta santa locura; trácese ellos mismos, si pueden, otro sendero; ¿pero inventarán, encontrarán otro distinto que no sea un precipicio, ó un camino real de su eterna perdicion?

El evangelio es del cap. 3 de san Mateo.

In diebus autem illis, venit Joannes Baptista prædicans in deserto Judææ, et dicens: Pœnitentiam agite, appropinquavit enim regnum cœlorum. Ille est enim qui dictus est per Isaiam prophetam dicentem: Vox clamantis in deserto: parate viam Domini: rectas facite semitas ejus. Ipse autem Joannes habebat vestimentum de pilis camelorum, et zonam pelliceam circâ lumbos suos; esca autem ejus erant locustæ et mel silvestre.

En aquellos días, vino Juan Bautista á predicar en el desierto de Judea, diciendo: Haced penitencia, porque se acercó el reino de los cielos. Porque este es de quien habló Isaías profeta, que decia: La voz de aquel que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos. El mismo Juan tenia el vestido de pelo de camello, y un ceñidor de cuero al rededor de su cintura; y su comida eran langostas y miel silvestre.

MEDITACION.

DE LA PENITENCIA CORPORAL.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la penitencia corporal, las mortificaciones del cuerpo no son una virtud precisamente de los desiertos, ni privativamente de los claustros; son frutos de penitencia que brotan en todos los terrenos, y se dan en todas las estaciones. Todos

traemos con nosotros mismos un cuerpo de pecado que es menester destruir, crucificándolo con Cristo. Nuestros sentidos todos están de inteligencia con el enemigo de nuestra salvacion; ni uno hay, digámoslo así, que no nos sirva de ocasion de pecado, que no nos esté armando lazos. *Introdujose la muerte en nuestras casas*, dice el Profeta, *porque entró por las ventanas*. Desengañémonos, que no es posible conservar la inocencia sin la mortificacion de los sentidos. Es menester macerar la carne con ayunos y con penitencia; es menester que la circunspeccion y la modestia refrenen la licencia de los ojos, por los cuales se cuela hasta el alma el mas sutil veneno. En tocando el contagio á los sentidos, presto inficiona al corazon.

Nuestras pasiones son muy dignas de temerse; pero toda la fuerza que tienen, la deben á nuestra inmortificacion. Aliméntalas nuestra sensualidad; nos hacen guerra con las mismas armas que les damos. Detestemos cuanto queramos sus perniciosos designios; hagamos mil propósitos y resoluciones; esto nada alcanza: el medio eficaz para debilitar este enemigo interior es domar la carne, mortificar los sentidos, y hacer vida penitente. Si se derriba este cercado, ¿qué maravilla es que la viña esté expuesta á que la vendimien, la pisen ó talen? *El que sustenta delicadamente á su esclavo*, dice el Sabio, *algún día le verá levantarse contra su amo*. Siempre se comunican al alma las disposiciones del cuerpo: búscase en todo la comodidad; tiénese una vida sensual y regalada; pásanse los mejores días en ociosidad y entre delicias; nada se niega al antojo de los sentidos; se inventan refinamientos aun sobre la misma delicadeza; y despues de todo esto, se quiere que la concupiscencia no hable palabra, que las pasiones estén sujetas á la razon, que al mismo tiempo que voluntariamente se enciende el fuego por

todas partes, pueda uno andar sin sentir ni tan solo el calor aun en medio del horno en Babilonia: contar con semejantes milagros, ¿no es querer atolondrarse para perderse con menos remordimiento? Y despues de eso, Señor, ¡me quejaré, me admiraré de mis flaquezas y de mis recaídas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si entre todos los santos que son objeto de nuestra veneracion, proponiéndolos la Iglesia por ejemplar á nuestra imitacion, se halla siquiera uno que no hubiese mortificado sus sentidos, domado su carne y hecho vida penitente. Los que nunca perdieron la inocencia, y los que fueron pecadores; los que vivian en medio del mundo, y los que estaban como sepultados en los desiertos; el humilde pastorcillo y el pobre artesano, igualmente que los que nacieron sobre el trono; todos crucificaron su cuerpo, todos hicieron penitencia. Pero á nosotros el nombre solo de mortificacion nos estremece; asústannos el ayuno y la abstinencia de cuaresma: ¡y no obstante todos pretendemos salvarnos! ¡todos esperamos ser santos! ¿Puede haber confianza mas presuntuosa?

San Eduardo fué jóven, fué rey; su vida fué siempre pura, siempre inocente; con todo eso, este jóven, este inocente rey mortifica su carne, hace vida rigurosa y penitente. Pero hoy son pocos los mundanos que no miren con horror todo lo que suena á penitencia. La edad, la dignidad, el estado, la conservacion de la salud, los empleos, los negocios, la delicadeza de complexion, todo clama, todo grita que es menester dispensarse de hacer penitencia. Pues en verdad que la Religion no se ha envejecido, ni el Evangelio de Jesucristo se ha mudado, ni los sentidos nos hacen menos guerra, ni el tentador se ha retirado, ni las pasiones están menos vivas: ¿somos nosotros privi-

legiados? ¿Se habrá ensanchado acaso el camino del cielo? Digámoslo mejor; ¿en vista de esto, serán muchos los que se salven?

¡Cosa extraña! Va una tierna doncellita á sepultarse en vida entre las paredes de un claustro, llevando consigo su primera inocencia, y se consume en penitencias y en mortificaciones para merecer el cielo: mientras que otra hermana suya, entregada totalmente á los pasatiempos del mundo, pasa la vida en diversiones y en regalos, y ni siquiera puede oír hablar de ayuno, de mortificación de sentidos, de cuaresma. Ello es cierto que una de las dos va errada; pues consultemos al Evangelio, y sabremos cuál de las dos está en la senda de perdición.

Aun estando dentro del puerto abrigadas de las tempestades, distantes de los escollos, con las pasiones casi apagadas, las almas religiosas y puras no esperan asegurar su salvación sin el socorro de la penitencia: y aquellas otras almas atestadas de pecados, esclavas de sus pasiones, sitiadas de peligros, creen que pueden muy bien pasar sin esta sal que preserva de la corrupción, sin este antídoto contra el veneno, sin estas armas contra el enemigo de la salvación, sin estos dignos frutos de penitencia. ¡Qué ilusión, qué extravagancia!

Conozco, Señor, la necesidad que tengo de estos poderosos medios, y mi pasada delicadeza, cubriéndome de confusión, me hace sentir con mayor claridad cuán indispensable me es hacer penitencia. Desde este mismo punto declaro la guerra á mi amor propio, como también á mis sentidos, y lleno de confianza en vuestra misericordia, espero que ha de ser fruto de mis presentes propósitos una completa victoria.

JACULATORIAS.

Christo confixus sum cruci. Galat. 2.

Si, dulce Jesus mio, si, crucificado estoy con vos en la cruz, y jamás me apartaré de vuestro lado.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Galat. 5.

Ninguno es verdadero discípulo de Cristo, que no crucifique su carne con sus vicios y pasiones.

PROPOSITOS.

1. De todo lo que has leído, y de las reflexiones que acabas de hacer, has de concluir que la mortificación del cuerpo te es absolutamente necesaria; y comprende bien en qué error, en qué peligro están los que solo piensan en regalarse, los que inventan cada día nuevos primores á la delicadeza, los que se estremecen, se llenan de miedo solo con oír nombrar abstinencia, ayuno, mortificación de sentidos, penitencia. Nunca olvides aquellas admirables palabras del Apóstol, que acabas de leer: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt*: Todos cuantos hasta aquí se han declarado por Cristo, todos crucificaron su carne. Pues los que la tratan con tanta blandura, con tanto regalo, los que no la crucifican, ¿por quién se declaran? ¿de quién serán discípulos? Desengañémonos; puesto que esas damas delicadas, esos grandes del siglo, esas personas de clase, esas gentes del mundo profesan la misma religion que profesaron los santos, es menester que tengan una vida crucificada como ellos la tuvieron. Examina qué penitencias, qué mortificaciones haces; y arregla desde luego con aprobacion de tu director las que has de hacer en adelante, resolviendo que no se pase día sin hacer alguna.

2. Sobre todo han de tener el primer lugar los ayunos de la Iglesia y las abstinencias de precepto. ¿No es grande irreligion dispensarse de ellas á título de mocedad, de complexion delicada, de salud débil, de condicion noble, cuando, no obstante esa débil salud, esa delicada complexion, tienes fuerza para estarte las tres y las seis horas en el juego, con una postura de cuerpo y con una aplicacion de ánimo capaces de rendir á la mayor robustez? Oh, que el ayuno incomoda, y la cuaresma enflaquece: ¡razon no solo miserable sino ridícula en quien se llama cristiano! Pues qué, ¿es la penitencia una sensualidad? ¿Y pretende el que hace penitencia lisonjear el gusto, ó fomentar la inclinacion al regalo? Jamás te dispenses, sin notoria y grande necesidad, de las abstinencias y ayunos de precepto; y aun entonces, procura recompensar con limosnas y con otras buenas obras penosas, el ayuno y abstinencia de que te dispensan. No te contentes con las penitencias de obligacion; ponte de acuerdo con tu confesor acerca de las que has de hacer voluntariamente y de supererogacion todos los años, todos los meses y todas las semanas. Si lo consultas con el amor propio, no hallarás mortificacion que te convenga, porque todas te las representará contrarias á tu salud. Reprimese, mortifícase uno tanto por el mundo y por su propio gusto; y ¿nada se ha de hacer, nada se ha de padecer por su eterna salvacion?

SAN BRAULIO, OBISPO Y CONFESOR.

Entre los prelados sobresalientes en virtud y letras que ha tenido la iglesia de España, uno ha sido el glorioso san Braulio, obispo de Zaragoza, y honor inmortal de aquella respetable silla. Hay quien le hace

T. 3.

P. 422.



S. BRAULIO, O. Y C.